

—Hay en el castillo quien la causa disgustos.

—¡Si eso fuera verdad!

—Desconfiad. ¡Solange es tan bonita!...

—El conde se vá mañana. Acaba de decir-melo Labranche.

La *Bigornia* pensó que se iba demasiado tarde, pero se calló. No era tiempo aún de hablar.

—¿Y si os la robara?—preguntó ella.

—No hay cuidado. Solange es honrada.

—No lo niego; como no niego tampoco que el conde Oliverio es emprendedor y peligroso.

Román palideció.

—No te chancées, Simona—dijo, apretando los puños, de rabia.

—Decididamente amais á esa niña con toda el alma...

—Sí.

Cuando á la noche entraron los Simón en su casucha, á la diez, de vuelta del Priorato, con dos enormes panes bajo el brazo y seis francos en el bolsillo, la *Bigornia* dijo á su marido:

—¿Y los que han matado á Ravaud?

—El herrero contestó sencillamente:

—Hablares de eso á mi vuelta. En invierno son las noches más oscuras y los días menos claros, por efecto de la niebla. Ya veremos....

VIII

Al pedir á su tío que la dejara reflexionar hasta la noche, la señorita de Rocheville tenía sus razones.

Elena, como la mayor parte de las colegialas, acariciaba desde sus más tiernos años un ideal.

Esta quimera, que después de todo hubiera podido trocarse en realidad, tomar cuerpo y vivir, era uno de esos amores puros que á nadie se confían, á no ser que exista una íntima amiga que inspire verdadera confianza para hacerla depositaria del secreto.

Elena, que no tenía en Chevagnes esa ave rara, guardaba el secreto en el fondo de su alma. Allí rodeaba su amor de misterioso culto.

En fin, que la de Rocheville amaba á un joven de Morvan, y á nadie se lo había confiado, ni siquiera al ama de gobierno, Eugenia Laruette, que adoraba á su señorita, de la cual no se había separado ni aun en el convento de Nevers, donde Elena, por especial privilegio, consiguió que su acompañante ocupara una pequeña habitación cerca de la suya.

El amor de Elena era casto y digno.

Quien se lo inspiraba llamábase Roberto de Souvray.

Era también pariente de Elena.

Sus padres, primos hermanos. El parentesco, pues, era tan cercano como las tierras de

Souvray y de Rochevieille, que están azas junto á otras.

Los Souvray eran dos hermanos, Roberto y Hugo.

Por desgracia, la fortuna de estos no era igual á la de Rochevieille.

Los Souvray no poseían más que unos treinta mil francos de renta, y esto no era nada comparado con la riqueza de los Rochevieille.

Roberto, el mayor de los Souvray, adoraba á su prima. Sentía por ella una de esas pasiones, tanto más poderosas, cuanto más antiguas y vigorosas son sus raíces.

Había conocido á Elena cuando era niña.

El tenía diez años más que ella; la había tenido en sus brazos, la había visto crecer, desarrollarse, y había, en fin, seguido paso á paso todos los de su infancia con creciente ternura.

Pero altivo y caviloso, no se atrevió ni á soñar en casarse con ella. La fortuna de su prima le asustaba, y además eso de que el anciano marqués, el irónico viejo, fuese el tutor de Elena, le inspiraba verdadera repulsión.

El escepticismo de aquel epicúreo, tan avaricioso, tan sarcástico y desdeñosamente burión, le indignaba.

Aunque afectuoso siempre, jamás pasaba de los límites de la amistad con su prima Elena, evitando revelar el sentimiento que le consagraba, por más que ella procuraba siempre que se determinara la explosión.

El día pasó pronto.

Llegada la noche las ventanas del gran salón de Chevagnes, iluminadas exteriormente por la luz del sol poniente y por dentro por los reflejos de la araña de cristal de roca que acababan de encender, ofrecían un aspecto mágico.

Había mucha gente en el castillo; vecinos, cazadores, que llegaron á caballo unos, en coche otros, de los alrededores.

La comida había terminado.

Cada cual se reunía según le agradaba á los grupos formados en la terraza ó en el salón.

Se hablaba de caballos, de perros, de carcerías, que es la conversación obligada de los castellanos de Morvan, plantel de los Nemrods contemporáneos, ó bien sobre moños y modas, según dominaran hombres ó mujeres.

Elena se puso al piano, preludió á la sordina una pieza muy sentimental, mientras tenía los ojos fijos en un hombre, puesto de codos en el respaldar de un sillón, á dos pasos de ella.

El joven era de mediana estatura, tez morena, enérgicas facciones, fino bigote y cabello negro; tenía el aspecto de un oficial de cazadores.

Era Roberto de Souvray.

Elena tocaba muy bien el piano; abrió un cuaderno y preludió una romanza sin canto de Mendelsohn.

El conde parecía extasiado contemplándola.

—¿Por qué no vais á hablar y á fumar con los demás?—preguntó.

—¿Y qué hago ahora?

—Me estais mirando.

—¿Está prohibido?

Ella se encogió de hombros y siguió tocando.

—Os escucho y os contemplo, Elena, lo cual resulta doble placer.

—Muy galan estais esta noche.

—¿No lo estoy siempre?

—No, —dijo ella resueltamente;— no os digo nada nuevo al aseguraros que á veces pareceis más hurraño que un jabalí de Chevagnes ó de Rochevieille.

—¡La costumbre de vivir en el campo! ¿No es ese el destino de mi hermano y el mio? ¡No hemos nacido para brillar en el gran mundo! Con nuestros escasos bienes vivimos aquí como príncipes; en Paris nos aburriríamos mucho.

—¡Oh! si vos quisiérais...

—¿Cómo?

—Os llamais el conde Roberto de Souvray.

—A mucha honra.

—Sois de muy buena familia.

—Nadie puede sostener lo contrario.

—Podeis casaros bien en cuanto os plazca.

—¿Casarme?

—Sin duda. Pues qué, ¿no existen muchas señoritas, ricas que se considerarían dichosas, muy dichosas... con poder completar con la suya la opulencia que os falta, y que sería

para ellas una gloria disfrutarla con vos?

—No sé de ninguna.

—Buscadla.

—A decir verdad, si la encontrara, siempre me asaltaría el temor de que pudieran confundir mis sentimientos con la ambición, y suponer que busco la dote, no la persona.

La señorita de Rochevieille estaba muy nerviosa.

—Entonces... ¿qué pensais hacer?—preguntó.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—Es de presumir que Hugo y yo permaneceremos solteros. Es el mejor partido que debemos tomar. No veo, además, la necesidad de perpetuar la raza de los Souvray.

—Eso fuera imperdonable. El nombre de los Souvray es un apellido glorioso, imaculado.

—Efectivamente. ¿Pero qué pueden hacer los que le llevan? La guerra no es sino cuestión de industria. Se prefieren los ingenieros á los oficiales. Las fortunas disminuyen. Cuando llegábamos al apogeo, caemos empujados por el vicio de una civilización harto avanzada. Lo que veo me sorprende, me duele. Y vuélvome hipocondriaco, á pesar mío. Además, para perpetuar la raza, es necesario tener una compañera, y no pienso buscarla.

—¿Y si yo os ayudara?

—Sería inútil. No quiero casarme.

—¿Esa resolución es irrevocable, Roberto?

—Ya lo creo, prima mía.

—Os encuentro muy fúnebre esta tarde— dijo ella enojada.

—Será porque me atormentan los más tristes presentimientos.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada. ¡No es uno dueño de dominar sus ideas! Se me figura que me amenaza una desgracia.

—¿Y de dónde podrá venir?

—Lo ignoro; pero es indudable que viene. Ya sabéis que en Morván abundamos los supersticiosos.

Elena sufría cada vez más.

Levantóse de pronto, y cogiéndose fuertemente del brazo de su primo, le dijo:

—Demos un paseo por la terraza. Hace aquí mucho calor.

Cuando pasó cerca del anciano marqués, que se hallaba entretenido en contar picarescas historias del tiempo pasado á varias damas, él, haciéndole seña de que se acercara, le preguntó:

—¿Y esa respuesta?

—Ahora mismo la tendreis. El día no ha concluido aún.

—Es cierto. Hasta luego, pues.

Y continuando su camino, condujo al conde hacia el lado más sombrío de la terraza.

La luna daba mayor encanto á la noche, que no podía ser más hermosa.

Elena creyó sentir que el brazo de su primo temblaba; pero el conde parecía mudo. Pasearon silenciosos durante algunos minutos. Ella no escuchaba sino los latidos de su

corazón y el ruido de sus pasos al hollar la arena.

—¿No me preguntais qué respuesta es esa que reclama mi tutor?—dijo al fin.

—No quiero ser indiscreto.

—¿Ni adivináis siquiera de qué se trata?

—De un casamiento, quizá.

—Sí, de una boda que me proponen; y si os he traído á este sitio, separado de todo y de todos, es para consultaros á propósito de eso.

—¿A mí!

—¿A vos! ¿No sois mi pariente y amigo?

—Ciertamente. Tanto Hugo como yo, os queremos mucho, Elena.

—¿Como hermanos!—repuso ella, con mal disimulada amargura.

El corazón de Roberto experimentó una dolorosa impresión.

—Como hermanos desinteresados y dispuestos á todo, con tal probaros de su afecto.

—Pues bien, amigo mio, mi tío me propone un marido.

—¿Quién es él?

—¿Necesito nombrároslo?

—¿Su nieto acaso?

—Sí, su nieto; es un primo mio, como vos.

—Oliverio lleva uno de los apellidos más ilustres de Francia.

—¿Y estimáis eso como una cualidad?

—Sin duda. A muchas jóvenes halagaría esa petición.

Elena dió un suspiro.

—Además—prosiguió Roberto,—el conde

posee una considerable fortuna, que, unida á la vuestra, os permitirá sostener el brillo de tan linajudo nombre.

—¿De suerte que considerais aceptable tal proposición?

—Bajo el punto de vista de lo ventajoso, es una alianza irreprochable.

—¿Y bajo otros conceptos?

—No juzgo prudente hablar mal de un pariente. Además, considero que Oliverio es un hombre muy galante. Pero lo trato poco. Nuestros caracteres son muy distintos. El vive casi siempre en París. Tiene cuanto hace falta para brillar y hacer un buen papel en el mundo. Y no tengo motivo ninguno para dudar de su caballeridad.

El conde se esforzaba por parecer tranquilo. Sin embargo, su voz era temblorosa.

La de Elena se hizo más grave aún al añadir:

—Roberto, muchas mujeres se entusiasman con París, el mundo y las diversiones. No piensan más que en el lujo, en los halagos y en el bullicio; pero yo desprecio todo eso. Por mi gusto viviría en ignorado y tranquilo retiro, dedicada á mi marido y á mis hijos, si Dios quiere enviármelos. Y ese mundo que á otras seduce tanto, á mí hasta me asusta.

Y se acercaba más á él, en actitud casi supplicante.

El estuvo á punto de no poderse dominar. La confesión que ella esperaba pugnaba por salir de sus labios.

Pero el orgullo le contuvo.

—Las grandes riquezas imponen grandes deberes—contestó Roberto,

—¿No puede uno hacer el bien en cualquier paraje donde se encuentre, en este país, por ejemplo?

—Podreis volver y permanecer aquí todo el tiempo que os plazca.

—¿Seré acaso dueña de mi voluntad?

—Cuando el marido ama á su mujer, se acomoda á los deseos de ella.

En este momento se presentó un nuevo personaje.

Era Hugo de Souvray.

—Te buscaba—dijo á su hermano.—Los caballos esperan. Cuenta que tenemos cuatro leguas de camino. ¿Se puede saber que complot estábais fraguando en estas tinieblas?

Quizás esta inoportuna intervención decidió de la suerte de la señorita de Rochevieille. Turbó el encanto bajo el cual se hallaba Roberto, é impidió la inevitable explosión del amor que invadía su alma.

—¿Consultaba á Roberto sobre mi matrimonio!—dijo la huérfana.

—¿Quieren casaros?

—Sí.

—¡Tan pronto! Cuando apenas contais diecinueve años. ¿Y con quién, justo cielo?

—Con el señor de Taunay.

—Vamos, en familia.

—Así parece.

—¿Y qué os aconsejaba Roberto?

—Que me casara con el conde.

Hugo trató de adivinar el pensamiento de su hermano; pero en aquella obscuridad era imposible distinguir nada.

Y esta fué otra sencilla circunstancia que favoreció tan funesto resultado.

—Si él os lo aconseja....—exclamó Hugo, sin comprender la idea que su hermano mayor se llevara.

—¿Y vos?

—En ese caso seré de su opinión. Por más que no soy partidario del matrimonio.

—¿A los veinticuatro años, primo?

—Sí; no pienso casarme. A fé de morvanés. Y ya sabéis que somos muy tercós.

Hugo de Souvray tenía razón; los de ese país son los hombres más obstinados del mundo.

—¿Y per qué no os casareis?

—Porque el mundo va de mal en peor, y no veo la necesidad de crear nuevos seres destinados á ser víctimas de las vilezas y los horrores que han de suceder dentro de medio siglo.

Elena se calló.

—¡Como su hermano!—pensó—En fin—repuso ella después de una breve pausa—la suerte está echada. Volvamos al salón.

Los convidados comenzaban ya á retirarse. Había multitud de carruajes agolpados junto á la escalinata.

La señorita de Rochevieille entró con paso incierto. Estaba lívida. Llevaba impreso en el semblante lo mucho que sufría en aquellos momentos.

El marqués la estaba esperando.

Al fijarse en aquella triste expresión, temió un fracaso. Tenía verdadero empeño en que se hiciera la boda.

Comprendía que Elena, cuyas virtudes apreciaba, no se casara enamorada; pero, según él, las mujeres no han venido al mundo sino á sufrir.

Acercándose á ella y acariciándola, le preguntó con paternal bondad, en apariencia:

—¿Qué teneis, niña mia?

Ella contestó secamente:

—Nada, tío.

—Pareceis turbada.

—En efecto, lo estoy.

—Una decisión de esa índole... Es natural.

¿Y qué habeis resuelto?

Ella titubeó un instante.

—Hablad sin miedo—repuso el marqués. Vuestra voluntad será acatada. Ansío que seais dichosa; no soy un tutor de comedia.

Y añadió bajando más la voz:

—Tú lo sabes.

—Sí, tío.

—¿Y bien?

Ella entonces, dirigiendo una mirada llena de dolor á los dos hermanos, y con el corazón desgarrado, dijo en alta voz:

—¡Que se cumpla vuestro deseo!

—¿Lo has decidido?

—Sí.

Pronunció con firmeza esta palabra, que resonó dolorosamente en el alma de Roberto.

El marqués llamó á su nieto, y con acento solemne é irónico á la vez, exclamó:

—Caballero, dad gracias á la señorita de Rochevieuille, porque consiente en hacer vuestra dicha.

El conde Oliverio no omitió detalle de cortesía.

Dirigió galante sonrisa á su prima, inclinóse, cogióle una mano, la tuvo entre las suyas un instante y luego la llevó respetuosamente á sus labios.

—Señores—dijo el marqués dirigiéndose á los convidados—tengo la satisfacción de participarles el próximo enlace de la señorita de Rochevieuille, mi sobrina y pupila, con el conde de Taunay-Coulanges, mi nieto; y les ruego que me concedan el honor de asistir á la boda, que tendrá efecto dentro de tres meses en la capilla del castillo.

A esta noticia siguió un concierto de felicitaciones.

Cuando le llegó el turno al conde de Souvray, que se acercó el último, llevó á sus labios la mano de Elena, la besó, saludó luego al marqués, y montando después á caballo se alejó precipitadamente con su hermano.

Desde la ventana, Elena le siguió con la mirada, no solo hasta perderlo de vista, sino hasta que dejó de escuchar el trote de los caballos.

Entró pensativa y triste en su habitación.
¡La suerte estaba echada!

Miró la mano que Roberto había besado.
Estaba húmeda. Una lágrima había caído en ella.

Y sacando del bolsillo un magnífico pañuelo de encaje, limpió con él aquella lágrima.

Dobló luego cuidadosamente el pañuelo, y lo guardó con intento de no volver á usarlo más.

Deseaba convertirlo en reliquia de amor; ¡de un amor que en lo sucesivo debía ahogar en el fondo de su alma!

IX

*Elena de Rochevieuille á Luisa de Montambert,
calle de la Ville-l'Éveque, en París.*

»Mi querida Luisa:

»Te escribí esta mañana desde mi cartuja de Morvan para distraerme. Acabo de romper la carta. Desde que la metí en el sobre hasta este momento, han sucedido tantas otras cosas, que más bien parece escrita hace un siglo.

»El pasado ha muerto para mí. El porvenir comienza.

»En una palabra; me caso... dentro de unas semanas; ¡ya estoy comprometida!

»He dado mi palabra. ¡Esto equivale á decir que ya estoy cautiva!

»Son las once de la noche. Estoy sola, cerca de una ventana abierta de par en par, y diviso la inmensidad de los bosques y de una hermosa noche de verano. Me entrego á los más encantadores ensueños.

»Yo debiera ser feliz. ¿Te figurarás que experimento esas mismas alegrías tan dulces, tan vivas que me has descrito en tus cartas y que sentistes al casarte con el marido á quien amabas! Pues te engañas si tal crees. Experimento un doloroso vacío en este corazón que debiera estar lleno de ilusiones... Experimento la misma sensación que debe experimentar la esclava cuando la entregan á su nuevo dueño. Me horroriza lo desconocido. Las más sombrías ideas turban la paz de mi espíritu.

»¿Por qué? Me sería difícil explicarlo.

»Quiero persuadirme de que estoy en un error.

»Pero en realidad estoy turbada, inquieta, y tu felicidad me haría envidiosa, sino me me inspiraras un cariño verdaderamente fraternal, que nada ni nadie puede borrar.

»Esperaba ¡yo también! llegar algún día á casarme con el hombre que me inspirara amor, que realizara todas mis ilusiones. No tengo secreto para tí. Te confieso que en mi aislamiento acaricié un proyecto. Y te aseguro que, en este instante, no me atrevo á consultar mi corazón, ¡puesto que ya no me pertenezco!

»No sé si recordarás que te he hablado repetidas veces del conde Roberto de Souvray, mi pariente en el mismo grado que Oliverio.

»Roberto y su hermano están en Morvan y son los vecinos más próximos al castillo Rochevieuille, inhabitado desde la muerte de mi padre. No son ricos, pero sí dos corazones

muy nobles; son dos seres bienhechores y pundonorosos.

»Intrépidos cazadores, arrebatados lugareños, demasiado altivos para vivir en París en una medianía á la que no están habituados, se resignan á vivir encerrados en sus tierras de Souvray, que no han dividido, y en las que viven haciendo cuantos beneficios pueden.

»El padre, engolfado en infinidad de insensatas empresas, disipó la mayor parte de su patrimonio. Pero ellos jamás se permitieron la menor queja respecto de esa conducta.

»Te lo confieso; si Roberto hubiera caído á mis piés, si hubiese pedido mi mano, mi mayor felicidad hubiera sido concedérsela.

»Mi tío me comunicó esta mañana sus proyectos. ¡Ay! yo los presentía desde hace tiempo, y no sin miedo, veía acercarse el momento en que me los expresara.

»¡Y ese momento ha llegado!

»Antes de dar una respuesta definitiva, quise hablar con Roberto y consultar su opinión.

»Yo contaba con que se opondría á ese enlace y adivinaría los motivos que me impulsaban á pedirle un consejo semejante.

»Pero me engañé. ¡No me ama!

»Me contestó con toda gravedad que ese matrimonio me convenía; que el marqués de Taunay-Coulanges ostenta uno de los nombres más ilustres de Francia, y posee además una gran fortuna; y, en fin, que lo noble de la raza me obligaba á unir mis bienes á los de Oliverio.

»¡Esas palabras me desgarraron el cora-

zón! El llanto me ahogaba cuando oí tan glaciales palabras.

»He seguido su consejo.

»Al volver á entrar esta noche en el salón, dije á mi tío en alta voz que daba mi consentimiento.

»Roberto se mostró muy reservado y no demostró emoción ninguna.

»Sin embargo, al irse me besó la mano; y no sé si me he equivocado, pero me pareció que derramó una lágrima; ¡él, que tiene la energía de un hombre y la dureza de un campesino de estos salvajes contornos!

»¡Quizá he obedecido demasiado pronto á un sentimiento de ira y despecho! ¡Pero ya lo hice!

»El matrimonio se efectuará dentro de tres meses.

»Adios, mi Luisa; ¡quisiera estar alegre, y tengo ganas de llorar!

»Recibe un beso fraternal de tu amiga

ELENA.»

Luisa de Montambert á Elena de Rochevieuille.

«Siempre has sido sentimental hasta la exageración, mi dulce Elena; y este exceso de romanticismo te proporcionará muchos disgustos.

»En cuanto á mí, te diré que me ha causado verdadera alegría la noticia que me das, y aplaudo resueltamente tu resolución.

»No tendría perdón de Dios que te enterraras vivas en esos tenebrosos bosques y te enclaustraras entre las tristes murallas de tu castillo.

»El conde Oliverio, tu futuro, es un elegante de alto vuelo, hombre de mundo y *sportsman* distinguido.

»He tenido el gusto de bailar muchas veces con él este invierno. Valsa con una ligereza incomparable. Nos une verdadera simpatía.

»No estés celosa. Nuestro trato no puede ser más platónico.

»No me explíco por qué este no ha de amarte con tanta vehemencia como tu cazador silvestre, esos semisalvajes que deben aburrirse de lo lindo y aburrir á los demás con sus feroces aficiones.

»No, querida mía, eres demasiado hermosa, demasiado aristócrata para vivir fuera de París.

»El egoismo exige que te hable así. En París te veré. Mientras que ahí te me escaparas, puesto que no he de tener jamás suficiente valor para sacrificar te los gozes de mi mundanal existencia.

»Apresúrate á venir. Piensa que necesitas y mereces espléndidos trajes, preciosos sombreros, soberbia ropa blanca, elegante calzado y magníficas alhajas.

»Al consentir en esta unión tan ventajosa, has estado en lo cierto, cual tu primo Sourray ha tenido la lealtad de confirmar.

»No niego que hubieras podido dulcificar

las costumbres de esos rústicos, dominarlos y traerlos á París.

»Pero la empresa era arriesgada.

»Estoy encantada, y te abrazo, por la alegría que me has proporcionado.

»LUISA.»

«1.º P. S.—Toma el tren y ven enseguida. Te hallarás bajo la vigilancia de mi madre, que es un dragón de rectitud y virtudes.

»2.º P. S.—¿De dónde has sacado que siento por el barón, mi esposo, una pasión tan viva? Cuando lo conozcas mejor, comprenderás que es incapaz de inspirar ese amor; hemos hecho una boda tolerable y nada más. Gracias á él, soy baronesa de Montambert, y algo prima tuya.

Mi madre pagó sus deudas, ¡un abismo que llenar! Todo va bien. Estamos en paz. En cuanto al hombre, ¡ha concluido! me lo temo, y languidece en medio de recetas y medicinas. ¿Pero de dónde has sacado también que el mundo esté repleto de matrimonios que se arrinconan como enamorados tortolitos? ¡Oh rusticidad campestre! ¡Oh inocencia pastoril!»

Elena de Rochevieuille á Luisa de Montambert.

«20 septiembre.

«El jueves me caso.

»Espero que vendrás con tu marido y tu

madre. Tus habitaciones están dispuestas. La vista de que gozarás, te reconciliará con las montañas, que, á pesar de tus burlas, me gustan extraordinariamente.

»Has tenido razón... hasta cierto punto.

»Oliverio vale más de lo que yo creía.

»Rara vez viene, y cuando lo hace es de paso; pero me escribe diariamente, y se excusa con elocuencia y finura, pidiéndome mil perdones por verse obligado á hacerme una corte epistolar.

«Es agradable sin afectación, natural y de mucho tacto.

»Me colma de atenciones.

»Todas las mañanas me envía un hermoso ramo de flores.

»Con frecuencia leo sus cartas á mi tío. Nos divierte por su manera de comprender la vida. Al menos es sincero y confiesa sus defectos. Me quejo algunas veces de su falta de seriedad; pero, cuando manifiesto algunos temores, mi tutor me tranquiliza diciendo, sin abandonar su sonrisa burlona, que los hombres no son perfectos...

»Mis primos los Souvray han seguido viniendo con frecuencia á visitarnos.

»Continúan siendo lo que han sido siempre para mí: verdaderos hermanos. Durante mi última estancia en París, tus burlas propósito de ellos me hicieron sufrir, puesto que me inspiran y merecen profundo afecto.

»Roberto está triste. Se esfuerza por no parecerlo, pero hay ciertos detalles que una mujer nota enseguida sin temor á equivocarse.

- » ¡No pensemos más en esto!
- » Mi tío es muy bueno conmigo.
- » Me ha regalado magníficos brillantes. No pasa día sin ofrecerme un presente de gran valor. Por fuerza tiene este señor arcas y arcas atestadas de tesoros como Monte-Cristo.
- » Por aquí se dicé que posee toneles llenos de oro.
- » No sé donde los esconde.
- » Pero lo cierto es que percibe cuantiosas rentas y no las gasta.
- » No te hagas esperar. Yo misma iré á buscarte á Nevers.
- » Recomienda mucho mis vestidos á Laferrrière.
- » Oliverio exige que á seguida de la ceremonia salgamos para Italia, donde quiere pasar el invierno solo conmigo.
- » Es un sacrificio que le agradezco mucho.
- » Hasta pronto.

ELENA.»

«P. S.—Estás loca ¡siempre loca! Te repito que deseo un marido cariñoso y solícito, y que me quiera mucho! Confío en que Oliverio realizará esta aspiración, pues de lo contrario, lo confieso sin falsa vergüenza y sin orgullo ¡sería muy desgraciada!»

X

Tres días después de la carta que acabamos de transcribir, dos carruajes salían de la

pequeña ciudad de Corbigny y tomaban el camino de Chateau-Chinou, por Montreuil-lon.

Los coches eran bien distintos uno de otro.

El primero era una calesa, con blasonados escudos, y enganchada á la postillón; iba tirada por dos vigorosos caballos ingleses, muy hermosos.

Este vehículo parecía una cesta de flores, aunque no todas las bellezas que iban dentro pudieran hacer gala de primavera fresca.

Conducía á la señorita de Rochevieuille, cuyo matrimonio se celebraba al día siguiente; á la baronesa Luisa de Montambert, con su marido, y á la señora Séverin, madre de la baronesa.

Esta señora era una plebeya que heredó de su esposo una cuantiosa fortuna.

El barón de Montambert, algo pariente de los Taunay por la línea materna, llevó una vida muy accidentada. En lo mejor de su existencia quedó sin fortuna y sin salud; pero tuvo la suerte, á los treinta y seis años, de casarse con Luisa Séverin, cuya dote era considerable; y fué á restablecerse de las enfermedades y la ruina al opulento hotel de su suegra, en la calle de la Ville-Léveque.

El barón era calvo, pálido, usaba bigote que no ocultaba sus descoloridos labios; los ojos, color azul claro, bastante hundidos; delgado, bajo de estatura y algo cargado de espaldas. Una ligera tos le mortificaba á cualquier esfuerzo que hiciera.

El desgraciado estaba anémico de alma y de cuerpo.

Se entregaba sin discutir. Con tal de que le dejaran vivir en paz, todo le parecía perfectamente.

Su suegra, que era la salud y actividad personificadas, decía del barón:

—El infeliz se ha refugiado en el matrimonio como en una casa de salud.

Esto era casi verdad.

Luisa rodeaba á su marido de cariñosa sollicitud, y lo mimaba como á niño enfermo.

Había conocido á Elena en el convento de Nevers, donde se educó, y ambas condiscípulas fueron verdaderas amigas.

Luisa, fresca como una rosa de junio, estaba siempre sonriente y era entusiasta por las diversiones y los viajes.

Bien formada, morena, con dientes y ojos soberbios, cabello rizado y cutis mate era algo corta de vista y usaba impertinentes, los cuales daban á su fisonomía cierta apariencia extraña y provocadora.

Dejaremos á esta calesa dirigirse á trote largo hácia Chevâgnes, guiada por un postillón con chaqueta y adornos encarnados, pantalones de badana, grandes botas y sombrero de cuero charolado y galón de plata; y ocupémonos principalmente del otro carruaje.

Era un calesin, cubierto de lodo, á pesar del buen tiempo que hacía, fabricado por cualquier constructor del país, y de forma primitiva, sin capota ni resortes, enganchada

á un caballito en buen estado aún y color de tabaco.

Sobre el único asiento de madera de este vehículo, iban sentadas dos personas, que nosotros conocemos.

El conductor del carruaje era Lucas Fargeas, guarda de *Gue-aux-Biches*.

Su compañera, arrebuja en una manta negra, no despegaba los labios y parecía preocupada.

—¿En qué piensas?— preguntó el hombre.

—En nada— contestó la mujer.

—No me dices la verdad, Catalina— repuso el guarda.

—¿Por qué he de engañarte?

—Tienes algún disgusto.

—¿Algún disgusto? ¿De qué clase? Vivimos pobremente, pero no nos falta el pan. En Chevâgnes no se despide á los antiguos servidores como nosotros, que de padres á hijos, ocupamos este puesto hace una eternidad. Desde nuestro casamiento, y ya hace tiempo de esto...

—¡Veinticuatro años hoy!

—No he tenido más que una pena.

—¿Cuál?

—La de no ser bastante rica para volver á mi país, mi Córcega, una ó dos veces.

—Sartine, donde estuve de guarnición— dijo sonriendo Fargeas.—¡Deliciosa comarca!

—¡Oh, sí! ¡Sangre de Cristo! ¡Qué dicha la mía si yo pudiese pasearme un momento siquiera por el *maquis*, la montaña, frente al

mar y, sobre todo, abrazar á los amigos que me recuerdan siempre! Mas aparte de esta privación, he sido feliz, Lúcas, puesto que eres un hombre honrado, y no me pesa haberte seguido.

—¿De veras?—preguntó el guarda acercándose á ella.

—Y tan de veras.

—Te creo, Catalina, pues yo también he sido muy dichoso. No puedo quejarme, y creo que tú dirás otro tanto. Como hemos vivido, moriremos, sin separarnos, en nuestro retiro de Gué-aux-Biches.

—Sea ese ú otro sitio, ¿qué importa?

—Eso no; le tengo cariño á mi choza—exclamó Fargeas.—Ahí hemos pasado nuestra juventud. Nada nos falta. La situación es bella, el jardín bueno, el agua saludable y abundante. En caso de necesidad, se mata una liebre, si dar cuenta á nadie, puesto que á nadie se perjudica, y asunto concluido.

—Solange es ya una mujer,—observó Catalina, cuya frente se plegó con adusto ceño. ¡Quién sabe si de ella vendrán las penas!

—Si se tratara de un muchacho ya estaría colocado. Pero no faltarán ventajas para ella también. Es bonita, tan bonita como tú á los veinte años, cuando te paseabas por las calles de Sartine, con la falda corta, combinada de rojo y amarillo y la mantilla. Eras la moza más garrida de aquellos contornos. ¿Te acuerdas?

—Sí—contestó sonriendo la corsa.

—Yo era sargento primero, buena grad ua

ción. Cuando lo permitía el servicio pasaba frente á la casa de tu madre y contemplaba las ventanas ocultas detrás de las enredaderas. ¡Cuántos envidiosos has hecho al poner tu mano en la mía! No sé por qué me preferiste, te lo aseguro. Yo no era guapo ni rico...

—Y yo, ¿no era más pobre que tú, Lúcas?

—No contaba más que con el puesto que me reservaban en Chevagnes. Ochocientos francos anuales, no es mucho.

—¿Y la casa, el jardín y el prado donde pastan dos vacas?

—¡Una miseria! Y consentiste, á pesar de todo.

—Eras valiente y honrado. Me gustaste mucho.

—Pues bien, Solange gustará á su vez á un buen muchacho que la hará su mujer. Es lo más probable que así suceda, supongo.

Catalina levantó los ojos al cielo y suspiró, pero no dijo una palabra.

—Confío—dijo él maliciosamente y acercándose á su mujer—que no habrá necesidad de andar mucho para encontrarle buen marido. Se me antoja que ya hemos dado con él.

—¿Dónde?—preguntó distraída la corsa.

—Del lado de la iglesia de Chevagnes, en el cortijo del Priorato.

—¿En casa de los Tremor?

—Efectivamente, en casa de los Tremor. Son gentes muy consideradas y que ganan mucho con su trabajo. ¡Ricaños que poseen más de doscientas fanegas, la crema del can-

tón, familia muy unida! Y no es de ayer que Roman se ha fijado en Solange. Hace tiempo ya que siente por ella algo más que amistad. No tenía la muchacha quince años, y él le hacía la corte ya. Ha rehusado los mejores partidos, y la espera. Me consta.

—¿Estás seguro?

Fargeas guiñó un ojo.

—¿Te lo ha dicho acaso?

—Más de cien veces. Esa será una gran boda. Juan, el mayor, es un solterón empedernido. No se casa ya.

—¿Te lo ha dicho también?

—Muy á menudo. Y es más: me ha añadido que se dedicará á educar los hijos de Roman.

—¿Te habrás vuelto avaricioso?

—No es ningún crimen que guste el bienestar.

—¡Ambicioso!

—Tratándose de nuestra Solange, lo soy. Ha recibido buena educación. La hemos tenido dos años en Autun, en un colegio. Gastamos en ello nuestras economías. Todo lo doy por bien empleado, porque es tan buena como hermosa. Casada con Roman, viviría como una reina; nosotros quedaríamos tranquilos en Gue-aux-Biches, y te aseguro que no cambiaría entonces mi suerte con la del marqués, á pesar de todas sus tierras y dineros, que son muchos.

Catalina contestó gravemente:

—Todo ello es muy bueno y muy hermoso, siempre que Solange no rehuse á Roman Tremor.

—Eso no es posible.

—¿Quién puede saberlo? ¡Las muchachas suelen tener ideas tan raras!

Fargeas detuvo bruscamente el caballo, y volviéndose á su mujer exclamó:

—¿Quieres que te lo diga claro? Tu me ocultas algo.

Catalina no contestó.

Lúcas, impaciente, repitió la pregunta.

—No sé nada,—dijo ella—pero sin poderlo evitar, tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Solange ha variado mucho de algun tiempo á esta parte, desde la primavera. Antes estaba alegre, cantaba desde la mañana á la noche, era viva como un pájaro y se la veía dispuesta siempre á bailar y á reír. Y al mismo tiempo no había otra como ella para trabajar. Pero ahora, en cambio, vaga sola días enteros por esos campos. Apenas habla y si lo hace es cuando no tiene más remedio que contestar. Huye de toda sociedad. Cuando Román, á quien antes acogía con placer, viene, en seguida se esconde. Está desconocida. Es preciso que seas ciego para no haber visto nada de eso.

—¡Son ideas tuyas!

—¡Ojalá! ¡Pero á una madre no se le escapan esas cosas! Así es que estoy atormentada, inquieta.

—¿Y á qué atribuyes ese cambio?

Catalina titubeó; pero, al fin, levantando los brazos, repuso:

—¡Sueños de la juventud!